



Martín Peñaloza

Maga Villalón nació en Salamanca, Chile, entre brujas y encantamientos. De niña vivió en Los Vilos junto a sus abuelas, dos viejas mágicas con las que compartía conversaciones oníricas de hadas, duendes y brujas. Diseñadora titulada en la Universidad de Chile con la más alta distinción, ha ejercido su profesión en agencias de publicidad, editoriales y su propio taller de diseño. Narradora y cuentacuentos, ha participado en diversos talleres literarios. Entre los varios libros de cuentos que ha publicado se destacan *Tribrujas*, *Viento Sur*, *El rumbo de las mareas*, *Brrr el pinguino friolento*, *Tiqui-tiqui-ti*, *Gente de las tierras* y *La familia Pérez-Ratones*.

El presente libro cuenta la historia de Olegario, un loro tropical, criado por un marinero malas pulgas a bordo de un barco ballenero. Un día Olegario ve pasar una bandada de loros choroyes y decide huir y seguirlos. Luego de ser admitido en la bandada, empieza a compartir sus aventuras, primero en un bosque de robles del sur de Chile, y más tarde en la gran ciudad, hasta donde sus congéneres han volado en busca de un nuevo hogar. Pero la ciudad no es como unas amigas gaviotas les habían contado que era, y tendrán que pasar muchas penurias antes de encontrar un modo de vida en ella.

CÓDIGO 96

I.S.B.N.: 978-956-12-2362-2



9 789561 223622



Olegario

Maga Villalón

ZIG-ZAG



Delfín de Color

I.S.B.N.: 978-956-12-2362-2.
1ª edición: enero de 2012.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-2363-9.
1ª edición: enero de 2012.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.

Dirección de arte: Juan Manuel Neira.

Dirección de producción: Franco Giordano.

© 2011 por Magali Villalón Fuentes.

Inscripción N° 212.309. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono 8107400. Fax 8107454.

E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl

Santiago de Chile.

Impreso por RR. Donnelley Chile Ltda.

Antonio Escobar Williams 590.

Santiago de Chile.



*A la Olguita,
que me enseñó a volar.*



La bandada

Olegario era un loro tropical que vivió desde muy pequeño a bordo de un barco ballenero recorriendo los mares del sur. Fue criado en cautiverio por un marinero malas pulgas, que lo alimentaba con restos de pescado y una ración diaria de pan remojado en vino.

En sus años de cautiverio, Olegario había

aprendido la jerga marinera y a maldecir ante cualquier acto o persona, no por el pan con vino, sino porque repetía todo lo que escuchaba. Incluso, sabía varias palabras en inglés, que había oído a los tripulantes de otros barcos cuando sobrevolaba las cubiertas o se introducía, a hurtadillas, en las bodegas, para robar comida.

Una mañana de domingo, soleado y silencioso, como todos los domingos en aquel puerto del sur de Chile, los tripulantes y el marinero malas pulgas descansaban después de una noche de juerga en tierra. Olegario dormitaba en lo más alto del mástil, su lugar favorito, y su amo roncaba a pata suelta en la cubierta del barco. De pronto se escuchó un alboroto en las alturas. Olegario se frotó los ojos y miró hacia el cielo azul. No eran gaviotas; sus graznidos él los

conocía muy bien, porque habían sido sus instructoras de vuelo y amigas de toda la vida. Eran otras aves, que le parecieron muy familiares. Miró por el catalejo y vio una bandada de loros choroyes que volaban en dirección a la cordillera. Sabía que eran parientes de él, porque como todo loro pretencioso, cada mañana se miraba al espejo y se arreglaba las plumas y el paliacate de corsario.

Olegario se rascó la cabeza, miró hacia babor, luego a estribor y, por último, al capitán, que dormía plácidamente al lado de una botella de ron. Se sacó el paliacate, que había llevado desde su captura, y sin pensarlo dos veces emprendió el vuelo, sin más equipaje que el catalejo, que había encontrado en una isla del mar Pacífico.

—*Bye, bye good man!* —se despidió, en tono irónico de su amo, y se echó a volar.

Voló largo rato, tratando de alcanzar a la bandada mientras le gritaba, lo más fuerte que podía, una buena cantidad de maldiciones, para que lo esperara. Como era más grande y pesado que los otros, volaba más lento.

—*Wait a moment, please!* ¡Maldita sea! —exclamaba—. Por favor, espérenme, ¡maldita sea!

Después de mucho esfuerzo logró su objetivo y alcanzó a un pequeño loro, que volaba al final de la bandada.

—*Hello!* ¿Cómo te llamas? ¡Maldita sea! ¿Dónde vives? ¿Puedo viajar con ustedes, *please?*

—Me llamo Pepín —dijo el pequeño loro, un tanto sorprendido por la estatura



de Olegario y algo mareado con tanta pregunta.

Olegario no cabía en sí de alegría de poder estar con sus parientes. Y durante todo el viaje, el muy parlanchín, se puso a contarle su vida entera a su nuevo amigo.

La bandada voló siempre en dirección a la cordillera, bajo un cielo amenazante de lluvia, plomizo como panza de burro. Sobrevolaron bosques de pinos, ríos y lagos. Casi al caer la noche, se internaron en un bosque de robles muy altos.

La casa

—Llegamos, esta es mi casa —dijo Pepín.
Un loro viejo, de escasas plumas, se acercó a la pareja de amigos y preguntó, muy enojado:

—¿Y este grandulón tan colorido de dónde salió?

—Olegario, para servirle a usted, *mister* —se presentó Olegario, haciendo una reverencia.

—¡No me llamo *mister*! ¡Yo soy el capitán de la bandada y el abuelo de Pepín!

—¡Qué gusto en conocerlo! Olegario, para servirle a usted —dijo Olegario, con un poco de miedo, levantando un ala para saludar.

—Abuelo, déjalo quedarse, por favor. Olegario es mi amigo y no tiene adonde ir —rogó Pepín.

—*Please, mister*, perdón... digo, mi capitán, ¡maldito sea!

—¡Te he dicho que no me llamo *mister*! —gritó el abuelo, muy molesto—. ¡Y no quiero volver a oírte maldecir!

—Tata, por favor, a él también lo secuestraron y lo pusieron en una jaula cuando



tenía mi edad. Y después lo vendieron como mascota a un marinero malas pulgas.

El viejo capitán, en un principio, no quería ceder. Pero luego se entristeció al pensar en qué parte del mundo estarían y qué les habría pasado a los padres de Pepín; a ellos también los habían capturado para venderlos.

—Está bien, grandulón, puedes quedarte aquí unos días y servirle de compañía a mi nieto —dijo el abuelo—, pero con una condición: ¡que no vuelvas a maldecir delante de nosotros!

—Okey, mist... digo, mi capitán —repuso Olegario, y muy feliz, se puso a cantar:

*—En alta mar había un marinero
que la guitarra gustaba de tocar
y cuando se acordaba*

*de su novia querida
tomaba la guitarra y poníase a cantar.
En alta mar, en alta mar...*

El resto de la bandada, que observaba algo desconfiado a Olegario, se acercó a escuchar la bonita canción. En medio de un gran alboroto, finalmente todos rieron y aplaudieron al invitado.

Como ya era muy entrada la noche y estaban todos muy cansados, después de haber volado durante tantas horas sobre playas, cerros y ríos, doña Josefa preparó una habitación para Olegario en lo más alto de un roble.

Olegario no podía creer en tanta amabilidad. Por primera vez en su vida de loro alguien se preocupaba de él; el marinero malas pulgas siempre lo había tenido de mascota, sin pensar en sus sentimientos.

Lo hacía maldecir delante de todos y consistentemente lo mantenía medio borracho. Al fin Olegario estaba con su gente, con amigos. Pensando en su buena suerte y muy agradecido, dio las buenas noches y se fue a acostar.

—Thank you! Good night!

Desde su cama contempló un trozo de cielo, que en un dos por tres se ennegreció y comenzó a tronar. Olegario no podía dormir de la emoción. De pronto, un relámpago iluminó todo y pudo ver, desde lo alto del roble, la belleza del bosque. Un aguacero se escapó del cielo y Olegario se durmió feliz.

Vida nueva

A la mañana siguiente, Olegario despertó entre nubes, ya que su cuarto, un

nido de cuervo, era el más alto de todos. Había dormido plácidamente, como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Y cuando los primeros rayos de sol cayeron sobre su árbol, miró rápidamente a su alrededor.

—¿Dónde estoy? ¿Quién soy? —se preguntó desconcertado, rascándose la cabeza.

Miró hacia lo alto y se deslumbró con el cielo, tan azul como el de los mares que él acostumbraba a recorrer.

Se encaramó sobre la copa del árbol y miró por su catalejo. Miró a babor, luego a estribor, hacia la proa y hacia la popa: estaba rodeado por muchas hectáreas de verdes robles y se asombró con el canto de los pájaros y el murmullo del bosque.

El olor a tierra húmeda lo hizo sentirse como en casa y no pudo dejar de exclamar:

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!

La bandada aplaudió a su nuevo vigía, que por su estatura les pareció muy apropiado para el cargo.

Olegario se lanzó de un clavado a una gran poza de agua que había en un claro del bosque. Allí se bañó por largo rato, mientras entonaba la vieja canción:

*-I'm singing in the rain
Just singing in the rain
What a glorious feeling
I'm happy again...**

Doña Josefa había preparado un suculento desayuno con piñones frescos de unas araucarias cercanas y cuando Olegario salió

.....
*Estoy cantando bajo la lluvia
Solo cantando bajo la lluvia
¡Que glorioso sentimiento!
Y soy feliz de nuevo...



del agua, lo invitó a desayunar con la familia. Era la primera vez que él comía piñones y le parecieron lo más delicioso que había probado en el último tiempo.

—*Oh, my God!* —exclamó.

—Hable en cristiano, grandulón —le dijo el abuelo.

—Perdón, quise decir que están muy buenos —se excusó Olegario.

Después de desayunar, Pepín preguntó a su abuelo, el capitán, si podía llevar a su amigo a conocer el bosque. El abuelo le dio permiso, siempre que se cuidaran y no volaran muy lejos:

—No más allá del bosque de robles —ordenó.

Ambos amigos sobrevolaron el bosque y Pepín le enseñó a Olegario el nombre de los ríos, lagos y montañas cercanos a su casa.

Había mucho más por aprender. Día a día Pepín le enseñaba a Olegario el nombre de los pájaros, de los árboles y de los otros animalitos que vivían en el bosque. Le contaba historias de los mapuches que habitaban en los alrededores, le hablaba de sus costumbres, de sus dioses y de sus árboles sagrados. Le contó, también, que esta gente de la tierra nunca les haría daño, porque ellos vivían en armonía con la naturaleza.

Por su parte, Olegario le hablaba a Pepín de tormentas y mares lejanos, de piratas y corsarios. El pequeño loro se quedaba piquiabierto al saber que Olegario había estado navegando en alta mar, a veces en medio de tormentas infernales, u otras veces en la inmensidad de un mar calmo, donde no se veía ni una pizca de tierra, ni siquiera con el catalejo. Tan solo se podían

ver mar y cielo durante días y días. Le contaba, también, que había estado en lugares donde existían únicamente la oscuridad y los hielos eternos.

Así pasaron muchas mañanas, tardes y noches. Se fue el invierno, llegó el verano, y Olegario ya era uno más de la bandada.

Su estadía en el bosque era lo mejor que le había tocado vivir. Tenía un trabajo importante y hermoso: era el vigía de la bandada y cada mañana observaba el cielo y el bosque a través de su catalejo. Había aprendido a conocer el tiempo y las horas de la comarca con solo mirar el rumbo de las nubes. Sabía con precisión cuando se avecinaba una tormenta.

Cada mañana, al despuntar el alba, Olegario se subía a la copa de algún roble y anunciaba:

—¡Tierra a la vista! ¡Aguacero a babor!

O bien:

—¡Tierra a la vista! ¡Sol reluciente por la popa!

Así, los cuatro puntos cardinales los anunciaba como la proa, la popa, estribor y babor.

En las noches, Olegario cantaba canciones a la bandada y contaba sus aventuras alrededor del fuego, mientras todos comían piñones asados. La canción preferida por grandes y pequeños era *La mar estaba serena*, y cada noche formaba parte del repertorio de Olegario.

Todos la coreaban, riendo, por lo complicado que era para algunos seguirla sin perderse:

*La mar estaba serena,
serena estaba la mar.*

Con A:

La mar astaba sarana,

sarana astaba la mar.

Con E:

*Le mer estebe serene,
serene estaba le mer.*

Con I:

*Li mir istibi sirini,
sirini istibi li mir.*

Con O:

*Lo mor ostobo sorono,
sorono ostobo lo mor*

Con U:

*Lu mur ustubu surunu,
Surunu ustubu lu mur.*

¡Fuego!

Una noche de verano, en que hacía un calor insoportable, Olegario soñaba con las playas del mar Caribe, donde había disfrutado del sabor de piñas, cocos, mangos y guayabas. En el sueño, él estaba

echado en una playa de arenas blancas y sentía que el sol le doraba las plumas. Despertó sofocado, miró a su alrededor y todo se hallaba oscuro.

—¡Qué cosa tan rara! —se dijo—. ¿Por qué hay tanto humo? ¿Se habrán quedado algunos piñones en el horno de doña Josefa?

Salió volando de su nido y se dirigió a la copa de un roble muy alto. Todo estaba lleno de humo y, a lo lejos, el cielo era de un rojo intenso, como las puestas de sol en los mares del trópico.

—¡Fuego a la vista! ¡Fuego a la vista! —gritó Olegario con todas sus fuerzas y voló alrededor de su árbol, despertando a toda la bandada.

—¡Fuego a la vista! ¡Fuego a la vista! ¡Los niños y las mujeres primero! —gritaba, desesperado.



Despertaron todos ante la voz de alerta y el bullicio se hizo ensordecedor. Desde su cueva llegó un chucao, gritando a pulmón batiente:

—¡Viene el león! ¡Viene el león! ¡Fuego por todas partes!

Los animales del bosque corrían despavoridos y Olegario volaba de árbol en árbol, alertando a todo el mundo.

—*Help! Help!* ¡Fuego a la vista! ¡S.O.S!

El capitán trataba de poner orden, pero todos estaban aterrados. El fuego, con el viento a su favor, corría veloz, y casi alcanzaba a su hogar.

—¡Todos al río! —mandó el capitán.

La bandada obedeció y salió del bosque. El capitán regresó a la espesura, para asegurarse de que nadie quedara en sus nidos.

El bosque se había transformado en un infierno. Todos gritaban y huían aterrados.

Olegario se dirigió volando al nido de Pepín, ya que a este siempre le costaba levantarse, porque era muy dormilón. Como el lorito dormía profundamente, Olegario lo agarró de un ala y lo sacó del bosque.

La bandada se había reunido a unos cuantos kilómetros más al norte y esperaba la llegada de su capitán. Pasaron las horas y el viejo capitán no llegaba. A lo lejos ya no había bosque, solo el fuego que lo consumía todo. Pequeños aviones, lanzando agua, sobrevolaban las llamas.

El río pronto estuvo plagado de animales del bosque, que llegaban en busca de refugio. Atrás solo quedaban la desolación y la tristeza.



Olegario se echó junto a Pepín y a doña Josefa a orillas del río. La bandada se sentía desconcertada. Lo había perdido todo, su bosque, sus nidos, sus amigos y al gran abuelo y capitán.

Cayó la noche sobre el improvisado campamento y Olegario trató de animar a la bandada y a los otros animales cantándoles hermosas canciones y relatándoles historias de mares lejanos, de monstruos y sirenas.

Los habitantes del bosque habían perdido todo lo que habían construido durante mucho tiempo.

De no ser por Olegario, la noche habría sido para todos la más larga de su vida. Logró que las crías se durmieran y que los demás estuvieran en vela la noche entera, alertas ante el posible avance del fuego.

La mañana siguiente el sol salió tímido,

escondido detrás de negros nubarrones, y el loro más anciano llamó a consejo. Olegario también fue invitado, en su calidad de loro centinela.

Fue una reunión larga y acalorada. Debían decidir adonde dirigirse para formar un nuevo hogar. Después de muchas horas de discusión, y por sugerencia de Olegario, decidieron volar hacia el norte, a la ciudad.

Olegario no conocía la ciudad, pero era como si hubiese estado en ella. Les contó que él tenía una bandada de gaviotas amigas, que constantemente estaban viajando a la ciudad, sobre la que le habían contado muchas cosas.

Les habló de que la ciudad era muy grande, tan grande que no podrían imaginarla; que allí vivía mucha gente, pero mucha gente; que había miles de autos



y edificios tan altos, que eran capaces de rascar el cielo. Les dijo, también, que diferentes especies de aves volaban libres de un lugar a otro: gorriones y zorzales en los jardines poblados de flores, palomas en las plazas y en los campanarios de las iglesias, chincoles y picaflores en las avenidas llenas de árboles.



—Podremos vivir en la ciudad *forever*
—dijo finalmente Olegario.

—*Forever!* —exclamaron todos.

La decisión estaba tomada: esa misma tarde volarían rumbo a la gran ciudad. Pero había un problema, pues Pepín dijo que él no iría sin su abuelo y que se quedaría allí, echado, esperándolo hasta que llegara. Olegario le repuso que el abuelo no iría a la ciudad, porque se quedaría por siempre sobrevolando los bosques y cuidando que no se produjeran incendios; que su misión sería alertar al guardabosques de cualquier problema. Y agregó, además, que ahora el capitán era un loro-ángel, que podía ver y sentir lo que los otros animales del bosque ni siquiera alcanzaban a percibir.

Olegario tomó de un ala a Pepín y lo retuvo a su lado. La bandada se despidió

de sus amigos del bosque y emprendió vuelo rumbo al norte.

La gran ciudad

A la mañana siguiente, después de muchas horas de viaje, llegaron a la gran ciudad. La bandada se asombró al encontrarla también llena de humo. Parecía que el humo del incendio hubiera llegado hasta allí.

Olegario les explicó que no tuvieran miedo, que ese humo que lo cubría todo se llamaba *smog*, y que pronto encontrarían los lugares maravillosos de que hablaban sus amigas gaviotas.

Después de volar un poco más, se hallaron con un río también gris y sucio.



En su ribera, la bandada hizo un alto para descansar, pero unos muchachos, que salieron de debajo de un puente, comenzaron a corretearlos, tirándoles piedras.

Nuevamente emprendieron el vuelo y se vieron reflejados en los rascacielos de cristal. Miraron hacia abajo: las calles estaban llenas de gente y de autos que atiborraban las avenidas.

Sobrevolaron la ciudad observando todo. En verdad, allí había también muchos lugares verdes donde vivir. Eligieron una avenida de plátanos orientales, y así cada familia podría tener su hueco propio.

Doña Josefa preparó un dormitorio para ella y Pepín y otro para Olegario, en el árbol más alto de la avenida. Estaban todos tan cansados esa noche, que se acomodaron en cualquier rama y se quedaron profundamente dormidos.

Despertaron al amanecer con el bullicio de la gran ciudad. Olegario voló hasta la copa de su árbol y miró por su catalejo. Grande fue su sorpresa al ver que estaban rodeados de gente. Cientos de ventanitas miraban hacia la avenida de añosos árboles, y se sintió intruso, porque con su catalejo podía ver, en el interior de los departamentos, a personas que, apuradas,

se movían de una pieza a otra, tomaban desayuno, entraban a los baños, veían noticias en la televisión, escuchaban radio o hablaban por teléfono.

—¡Gente a la vista! ¡Gente a babor! ¡Gente a estribor! —vociferó Olegario.

Una anciana se asomó muy enojada a una ventana y lo hizo callar.

Pepín despertó con picazón en todo el cuerpo y doña Josefa estornudando tanto, que ni siquiera podía ver más allá de su nariz.

—*Relax!* —dijo Olegario.

Por su elocuencia y aspecto, ahora era el líder de la bandada. Así es que partió en busca de comida para todos. Voló hasta la baranda de una terraza y chocó con una malla invisible.

—¡Me estoy quedando ciego! —exclamó molesto, y voló hasta otro balcón.

Se encontró con un canario en una jaula. Con mucho miedo, Olegario le preguntó qué había hecho de malo para estar prisionero. El canario pió lastimeramente varias veces y Olegario salió despavorido, antes de que lo atraparan y lo encerraran tras unas rejas.

Esto de venir a la ciudad no le estaba gustando nada, pero había sido su idea y no podía echarse para atrás. Debería ser más cauto, volaría de arriba abajo, de un lado a otro antes de pararse en un nuevo balcón y así no se metería en líos.

De muchas ventanas lo corrieron y, de otra, salió volando muerto de miedo antes de que lo atraparan las garras de un gato.

Tendría que volver a sus antiguas andanzas y robar comida, no le quedaba más opción.

Se asomó a una ventana abierta y vio que sobre un mesón había un canasto lleno de verduras.

—Fiuuu, fiuuu —piropeó de un silbido a la cocinera.

La mujer se distrajo y Olegario, rápido como el rayo del bosque, salió con el canasto en su pico.

Ya caía la tarde cuando Olegario regresó a casa. Orgullosa, puso el canasto sobre una rama e invitó a la bandada a cenar en su árbol.

Todos compartieron felices la gran cantidad de verduras. Pepín no probó bocado y se fue a acostar; se sentía afiebrado y además muy triste. Olegario, preocupado por su amigo, lo acompañó y empezó a contarle una historia:

—Había una vez, en los mares del sur, hace muchos años atrás, una gran



ballena blanca llamada Moby Dick, a la cual conocí y le salvé la vida....

Pepín se durmió como un ángel y, como tal, soñó con su abuelo. Sobrevo-
laban juntos los mares del sur.

Dos días después, Olegario despertó con un bullicio ensordecedor.

Tomó su catalejo, miró hacia el cielo, todo era gris y estaba quieto.

Miró hacia abajo y vio que una gran cantidad de personas miraban hacia lo alto de los árboles, protestando con los brazos alzados. Los vecinos habían ido a buscar a las autoridades, para que tomaran medidas y desalojaran a la plaga de loros que había llegado a acabar con su tranquilidad.

La bandada, ante la voz de alerta de su vigía Olegario, abandonó la avenida lo más rápido que pudo.

En busca de un hogar

Volaron hacia el sur de la ciudad y se quedaron descansando en una plaza polvorienta, que tenía solo un par de árboles y unos charcos de agua.

Olegario empezó a investigar los alrededores. Encontró a varios niños, que jugaban en la calle lanzándose agua para refrescarse del calor que hacía. Se acercó a ellos y una niña pequeña empezó a llamarlo:

—Lorito, lorito bonito, ven para acá, lorito...

Retrocediendo, Olegario huyó del lugar. Entonces, oyó la voz de un locutor de radio que decía:

—Gran cantidad de gente se ha reunido en la Alameda para celebrar...

—¡Bien! *Very well!* —se dijo Olegario y

voló hacia donde se encontraba la bandada.

—Amigos, sé de un lugar que está lleno de álamos y donde hay una gran fiesta. Tenemos que volar hacia allá.

Una vez más, todos lo siguieron y sobrevolaron la ciudad en busca de la supuesta alameda.

Se encontraron con algunas golondrinas en vuelo, a las que le preguntaron dónde quedaba la alameda.



—En el centro —aseguró uno de los pájaros.

—*Come on everybody!* ¡Todos al centro! —los animó Olegario.

Ya en el centro, no encontraban álamos en parte alguna. Había, eso sí, una gran fiesta animada por una banda y todo el mundo bailaba al ritmo de la música. Olegario pensó en quedarse y le dieron muchas ganas de bailar, recordó sus viajes al Caribe y se alejó junto a la bandada tarareando la canción:

—*Eres epopeya de un pueblo olvidado.*

Forjado en cien años de amor y de
[historia.

Macondo, Macondo,

Macondo, yo me voy para Macondo...

Cansados de tanto buscar, decidieron quedarse por esa noche en los tejados de una iglesia. Olegario, Pepín y doña Josefa dormirían en el campanario.

Pero nuevamente surgieron problemas; una paloma gruñona los hizo callar:

—Mis hijos duermen —se quejó—. ¡Váyanse a cotorrear a otra parte!

A Olegario se le ocurrió una idea brillante:

—Vamos, doña Josefa, vamos con Pepín a conocer la ciudad de noche.

—¡Por ningún motivo! ¡Pepín no puede sobrevolar las calles a estas horas! A usted, Olegario, se le ocurre cada tontera —dijo doña Josefa, muy enojada.

—Está bien, tiene usted razón. Esta es una tarea para loros intrépidos, para loros de mar, como yo.

Y enseguida exclamó:



—¡Al abordaje, muchachos! ¡Síguenme los valientes! —y empezó a sobrevolar la avenida.

La noche de la ciudad era un tanto parecida a la noche de los puertos que Olegario había visitado tiempo atrás. Incluso, hasta tuvo temor de encontrarse con el marinero malas pulgas y voló sigiloso, a buena altura.



Descendió en varias calles del centro de la ciudad. Hurgó en los basureros y halló una gran cantidad de restos de pizzas en cajas de cartón. Las metió en una bolsa de plástico, que se echó a la espalda, y regresó a la iglesia donde dormía la bandada.

Se echó a descansar en un peldaño de la escalinata de la entrada principal. Esperaría hasta que amaneciera para desayunar juntos.

Se mantuvo despierto, mirando las luces de uno que otro auto que pasaba a gran velocidad, como escapando de la noche.

Campanas

Esa mañana las campanas de la iglesia repicaron al alba, despertando a Olegario, que cabeceaba en el portal. Alzó el vuelo y anunció, como siempre:

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!

Una estampida de palomas voló desde los tejados de la iglesia, asustadas por los gritos de Olegario. La bandada de loros, que ya sabía que era hora de levantarse, se reunió a saborear las variadas pizzas que Olegario había traído de su incursión nocturna.

A Pepín le gustó una pizza que se llamaba “hawaiana”. Olegario le dijo que se llamaba así por las piñas que crecían en Hawai, un lugar que, por supuesto, él conocía.

—Y esta otra se llama “española”, por los choricillos que solo crecen en España —agregó Olegario.

Pepín volvió a reír con los cuentos de su amigo parlanchín.

La bandada debía partir nuevamente en busca de un lugar donde vivir.

En medio de la ciudad había un cerro lleno de vegetación. Descendieron creyendo haber encontrado el lugar apropiado, pero huyeron apenas se dieron cuenta que allí habían muchos animales que habitaban detras de rejas. Espantados, se dijeron que tenían que volar lo más lejos de allí, lo antes posible. Cruzaron la ciudad en



dirección a la cordillera. Hacia allá se veía todo verde.

—*Stop! Stop!* ¡Árboles a la vista! —anunció Olegario, muy contento—. *Stop!* ¡Paren! ¡Deténganse! —ordenaba emocionado. Con su catalejo vio una plaza donde habían varias araucarias enormes.

La bandada se detuvo. Se produjo un silencio y luego una gran algarabía. Doña Josefa, conmovida, le dijo a Pepín:

—Aquí tendremos piñones. Haremos tartas con ellos.

Olegario, como siempre, voló hasta la araucaria más alta, y miró con su catalejo:

—¡A babor, casas! ¡A estribor, una plaza! ¡A proa, araucarias! ¡A popa, un canal!

Todos aplaudieron y las familias de loros distribuyeron las ramas de las araucarias en que tendrían sus nuevas casas en la ciudad.

Esa noche la bandada charló hasta muy tarde y Olegario “rapeó” una canción:

—*Es media noche en la rap ciudad.*

Ya tenemos casa, en la cima de los pinos.

Muévete al rap de los loros citadinos.

La feria

Antes del amanecer, la plaza comenzó a despertar; llegaron muchas personas con camiones y carretas cargadas de frutas y verduras.

Armaron toldos, ordenaron los productos y todo se llenó de olores y color. Había puestos de frutas, de hortalizas, de flores, de hierbas, otros de comida preparada y mucha gente que voceaba sus mercancías.

Por primera vez, Olegario se quedó

inmóvil, mirándolo todo con su catalejo; pidió a la bandada que se mantuviera en silencio, en la medida de lo posible. Esperó unos minutos, luego descendió a observar cuidadosamente, escondiéndose tras unas sandías, agazapándose tras una calabaza, camuflándose entre unas lechugas.

Escuchó con atención cómo los vendedores anunciaban sus mercaderías y casi sin darse cuenta se encontró gritando:

—¡Seño...! ¡Señorita!



Una mujer sonrió y le dijo al vendedor:

—¿Qué loro tan simpático! ¿Es suyo?

—No. No sé de dónde salió.

—Olegario, para servirle a usted —dijo Olegario, presentándose.

—Oye tú, pajarraco, qué quieres... Ya, ¡shu! ¡shu! ¡fuera de aquí! —gritó el vendedor, con cara de pocos amigos.

—No se enoje, *mister*. *Excuse me*. Solo estoy mirando esta maravillosa plaza —dijo Olegario, tratando de calmar los ánimos.

—Ya la miraste, parlanchín, así es que mejor vete, que me corres a los clientes —contestó el vendedor, tratando de no prestarle atención.

En ese momento, algunas señoras se acercaron, intentando ver al loro que hablaba tan fluidamente. En un par de minutos se corrió la voz de que allí había un loro que hablaba. Una gran cantidad

de clientes de la feria se amontonaron en el puesto del comerciante y comenzaron a hacerle compras.

—Oiga, *mister*, ¿y si llegamos a un acuerdo? —dijo Olegario, con una idea brillante en la mente.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿De qué se trataría? —preguntó el vendedor, contento de tener tanta clientela.

—Muy simple, *mister*. Mire, le explico: nosotros somos una bandada de loros y todos hablamos y podemos dar espectáculos y hacer cosas para atraer clientes. Esta sería la única feria con loros parlanchines. ¿Qué le parece? —preguntó Olegario, seguro de una respuesta positiva.

—Bueno pues, nada perdemos con probar... Si resulta, toda la ciudad vendría a comprar aquí. ¡Pero cuidadito con hacer travesuras!

Desde esa mañana de domingo, y todos los domingos que siguieron, una bandada de loros muy parlanchines, los más bulliciosos de la ciudad, se levantan más temprano que de costumbre, ayudan a los comerciantes a anunciar sus mercancías y dan pequeños espectáculos para animar la feria.

La bandada también se deleita comiendo todo tipo de sabrosas verduras y frutas dulces y maduras; y, de vez en cuando, doña Josefa prepara piñones asados, traídos del sur, que, según ella, son diferentes a los de la ciudad. Pepín disfruta comiendo piñas a destajo en el puesto de frutas tropicales. Y Olegario es feliz cantando ante los clientes:

*—Para todo el que disfruta
de la verdura y la fruta
va este danzón dedicado
a su merced, el mercado.
Casera, lleve el membrillo,
que es como un gringo amarillo...*

Hoy Olegario es un loro citadino, pero no olvida cada mañana mirar por su catalejo, desde lo alto de su araucaria, y despertar al vecindario con los gritos aprendidos desde pequeño:

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!